

Palabra de Vida de Julio de 1985

“Os exhorto, pues, yo, preso por el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz” (Ef 4, 1-3)

Estas palabras de Pablo, escritas a los cristianos de Asia Menor desde la cárcel, brotan de su corazón ardiente de apóstol. Con ellas invita a sus hermanos a sintonizar su vida con el ideal al que han sido llamados: la unidad, que es lo más importante para los seguidores de Jesús; esa unidad de todos los hombres en el amor y en la paz que resume, según él, todos los frutos de la redención. Pues Jesús, al morir en la cruz, derribó todas las barreras que separaban y enfrentaban a los hombres entre sí e hizo de todos los que creen en Él un solo pueblo nuevo que tiene a Dios como Padre, a Jesús como maestro y Señor y al Espíritu Santo como principio vivificador.

“Os exhorto, pues, yo, preso por el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz”

Si la unidad es tan importante para el cristiano, entonces nada se opone tanto a su vocación como el faltar a ella. Y pecamos contra la unidad todas las veces que cedemos a la tentación –que reaparece continuamente– del individualismo, el cual nos impulsa a hacer las cosas por nuestra cuenta, a dejarnos guiar por nuestro juicio, nuestro interés o prestigio personal, ignorando o incluso despreciando a los demás, sus exigencias y sus derechos. Precisamente por el individualismo nacen las divisiones, las envidias, las rivalidades, las discordias, las guerras pequeñas o grandes.

“Os exhorto, pues, yo, preso por el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz”

Así pues, es necesario edificar la unidad, incluso proteger esa unidad que ya fue realizada por Jesús pero que muchas veces es ofendida, oscurecida y paralizada por las divisiones que hay entre los cristianos en todos los campos. La Iglesia está llamada sin duda a promover iniciativas bellas, grandes y audaces. Pero su primera tarea es hacer que resplandezca la unidad a través de la concordia y la armonía entre sus miembros.

“Os exhorto, pues, yo, preso por el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz”

Naturalmente, esta unidad, como demuestra la experiencia, es lo más difícil de alcanzar. Está continuamente amenazada por las fuerzas de disgregación y de muerte que llevamos dentro de nosotros, es decir, por la búsqueda desordenada de nuestro yo en sus diversas formas.

Por tanto, si queremos que brille la unidad de Jesús en nuestras familias, en nuestros grupos, en nuestras comunidades, en la Iglesia; si queremos que en nuestra sociedad vuelvan a brotar los frutos de la unidad cristiana, tenemos que emprender la dirección opuesta: revestirnos de los sentimientos de Jesús que indica aquí el Apóstol.

Ante todo, hemos de realizar el trabajo que tenemos encomendado con un espíritu de auténtico servicio a los demás. He aquí la «humildad». Luego, eliminar de nuestro modo de actuar cualquier forma de prepotencia, de aspereza y dureza. He aquí la «mansedumbre». Por último, *aceptarnos con amor unos a otros en nuestras respectivas diversidades*. Esto es la «paciencia» y el «soportarse mutuamente».

Estas virtudes mantienen la paz entre los hermanos. Y la paz conserva la unidad.

Creo que los cristianos no hemos experimentado aún suficientemente las ventajas de la unidad fraterna.

Quienes han tenido ocasión de vivirla en profundidad saben que lo cambia todo en la vida, porque la unidad lleva consigo la presencia de Cristo mismo en medio de los hombres. Y con Él y por Él, las cosas imposibles se vuelven posibles.

La vida se transforma en una aventura humano-divina.

Todo adquiere sentido. Solo queda desear que el cristiano no trueque esa suerte que tiene por ninguna otra cosa en el mundo.

Por su bien y por el de muchos, muchos.

Chiara Lubich